

*Colección Innovaciones en Acción Social*



# Acción social, lingüística y comunidades indígenas

Carlos Sánchez Avendaño



UNIVERSIDAD DE COSTA RICA

Estudios  
Generales



Edición aprobada el 16 de marzo del 2022 por la  
Comisión Editorial de Ediciones Digitales EG  
Primera edición: 2022

Editor gráfico y diseño gráfico: Magíster. Fernando Ramírez Chacón  
Diagramación: Bach. Daniel Fallas Fernández

Corrección filológica: Karoline Vargas Abarca

Fotografía de portada: Carlos Sánchez Avendaño

Encargada  
Recurso Informático Descentralizado: Bach. Erika Sandí Villalobos

Encargada del sitio web  
de Ediciones Digitales: M.FA. Carolina Parra Thompson

Desarrollador de la web  
de Ediciones Digitales: Josué Blanco Murillo

378.103.097.286

S212a Sánchez Avendaño, Carlos.

Acción social, lingüística y comunidades indígenas / Carlos  
Sánchez Avendaño. – Primera edición. – [San José, Costa Rica] :  
Ediciones Digitales EG, 2022.

1 recurso en línea (20 páginas) : archivo de texto, PDF,  
2.41 MB. – (Colección Innovaciones en acción social)

ISBN 978-9930-568-53-8

1. COMUNIDAD Y UNIVERSIDAD – COSTA RICA.

2. COMUNIDADES INDÍGENAS – COSTA RICA. 3. ACCIÓN  
SOCIAL – COSTA RICA. 4. INDÍGENAS DE COSTA RICA.

I. Título. II. Serie.

CIP/3863

CC.SIBDI.UCR



*Es un proyecto de Acción Social de la Escuela de Estudios Generales  
inscrito en la Vicerrectoría de Acción Social bajo el código EC-554.*

## Ediciones Digitales EG

### Comisión Editorial

Dr. Mauricio Menjívar Ochoa (Coordinador)

Dr. Carlos Cortés Zúñiga (Editor)

M.Sc. Maritza Marín Herrera

M.Sc. Ismael Morales Garay

Dr. Luis Adrián Mora Rodríguez

Dra. Karen Poe Lang

Dr. Pablo Augusto Rodríguez Solano

Dr. Alcides Sánchez Monge

### Consejo Consultivo Externo

Dra. Antonella Cancellier, Università di Padova, Italia.

Dra. Tamara Falicov, Universidad de Kansas, Estados Unidos.

Dra. Erica Guevara, Universidad París 8, Vincennes Saint Denis, Francia.

Dr. Oscar Hernández Hernández, El Colegio de la Frontera Norte, México.

Dr. Roberto Marín Guzmán, Profesor Emérito UCR, Costa Rica.

Dr. Guillermo Núñez Noriega, Universidad de Sonora, México.

Dra. Liliane Cristine Schlemmer Alcántara,

Universidad del Estado de Mato Grosso, Brasil.

Dr. Luis Thenon, Universidad de Laval, Quebec, Canadá.

## Carlos Sánchez Avendaño

Cumple labores de docencia y acción social en la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura y en el Programa de Posgrado en Lingüística, al igual que funciones investigativas en el Instituto de Investigaciones Lingüísticas, Universidad de Costa Rica. Es doctor en “El lenguaje humano: naturaleza, origen y usos” por la Universidad Autónoma de Madrid (España), bachiller en Filología Española y magíster en Lingüística por la Universidad de Costa Rica. En los últimos diez años, su trabajo investigativo se ha centrado en las lenguas indígenas en proceso de desplazamiento en Costa Rica, incluyendo dentro de este campo el estudio de los efectos del contacto de lenguas, el cambio lingüístico, la conceptualización interlingüística, las ideologías lingüísticas, el diagnóstico de la situación sociolingüística de los idiomas y la documentación y descripción. En cuanto a la acción social, se ha abocado a proyectos de creación de materiales didácticos y de referencia de lengua y cultura con y para las comunidades. Es autor de numerosas publicaciones académicas sobre las temáticas mencionadas, así como acerca de la gramática del español oral, la enseñanza de la expresión escrita y las características de la expresión escrita del alumnado universitario. En el 2015 publicó el libro *La cola de la iguana. El pueblo malecu ante el desplazamiento de su lengua y su cultura tradicional*.

## Tabla de contenido

Presentación .....	7
<b>Acción social, lingüística y comunidades indígenas .....</b>	<b>9</b>

## Presentación

La principal razón de ser de la Universidad de Costa Rica (UCR), como institución de educación superior pública y humanista, se deriva de su compromiso social. De ahí que el artículo 3 de su Estatuto Orgánico prescriba que esta deba “contribuir con las transformaciones que la sociedad necesita para el logro del bien común”. Como parte del esfuerzo por renovar este propósito, el Consejo Universitario declaró el 2022 como el “Año de la Universidad de Costa Rica para las comunidades”. Así, en dicho marco, pretende desarrollar acciones para divulgar el quehacer universitario en las poblaciones.

Uno de los ejes sustantivos de tal empeño es el impulso de la acción social, del cual Ediciones Digitales EG es una expresión. Sobre todo, en tanto procura el libre acceso de textos académicos agrupados en distintas colecciones, disponibles para la sociedad costarricense. Aún más, debido a que busca generar vínculos con los pueblos, tiene como una de sus líneas editoriales la Colección Innovaciones en Acción Social. Esta colección se encuentra abocada a publicar trabajos desarrollados en el marco de proyectos de acción social diseñados por la UCR y las comunidades. Todo ello con el particular objetivo de poner a disposición de estas últimas el conocimiento que ellas mismas han originado o contribuido a forjar. De igual manera, representa un lugar propicio para la publicación de elaboraciones sustantivas sobre la práctica, vivencia y conceptualización de hacer extensión social.

En tal dirección, el trabajo de Carlos Sánchez Avendaño que aquí presentamos reflexiona sobre la relación entre la acción social, tal y como se conceptualiza y practica en los centros de educación superior públicos de nuestro país, principalmente en la Universidad de Costa Rica. Asimismo, en el tipo de colaboración que hemos llevado a cabo con personas miembros de colectivos indígenas del país. En el caso de Sánchez Avendaño, el lugar desde el que medita es el de su formación y acercamiento académico como lingüista que trabaja con lenguas en proceso de desplazamiento (o “lenguas en peligro”), en equipos multidisciplinarios constituidos por personas

de los pueblos indígenas con diferentes atributos (hablantes fluidos, tradicionales, portadores de conocimiento, miembros de las comunidades, etc.) y estudiantes de diversas disciplinas de la UCR (diseño gráfico, filología, informática, música, ingeniería agrícola, artes dramáticas...).

Las reflexiones del autor apuntan a la explicación de los vínculos entre los grupos, las ideologías de trasfondo, los aprendizajes y los retos que subyacen a este tipo de enlace entre la universidad y grupos sociales con la especificidad lingüística, cultural y sociohistórica que se suelen sintetizar bajo la etiqueta de “indígena”. Para ello, apela a una cavilación basada en la propia experiencia de más de una década de trabajo con personas malecus, bribris y brorán. Por último, estamos absolutamente convencidos de que el texto del profesor Sánchez Avendaño será un aporte sustantivo que enriquecerá el quehacer de quienes se involucran en iniciativas de acción social. Al equipo de Ediciones Digitales solo le resta desearle, estimado lector y estimada lectora, una muy provechosa experiencia.

## **Acción social, lingüística y comunidades indígenas**

Como se explicita en el título de esta nota, tres son los ejes sobre los que deseo plantear algunas reflexiones: cuál es, de acuerdo con mi experiencia y la perspectiva de las iniciativas que he coordinado, la especificidad de los proyectos de acción social con y para las comunidades indígenas; qué lugar ocupa la lingüística en estas iniciativas; y cómo se puede conceptualizar la acción social (o la extensión social, como se conoce en otras instituciones) en estos contextos. Subrayo que se trata de mi visión, basada en varios años de trabajo con personas concretas y pueblos particulares, a lo largo de un trayecto que ha ido modificándose y adquiriendo su propia fisonomía, por lo que de ninguna manera pretendo que sea generalizable al universo de posibilidades dentro de la acción social.

Quisiera comenzar por el segundo aspecto enunciado en la lista: la lingüística. Dichosamente, en nuestro país contamos con una tradición de investigación lingüística profesional que ha dado sus frutos a lo largo de cinco décadas: gramáticas descriptivas, diccionarios bilingües, artículos de corte descriptivo o teórico, publicaciones que se centran en algún detalle de la estructura de las lenguas, y documentación con tratamiento especializado de la tradición oral de los pueblos indígenas de Costa Rica, por citar solo el campo que concierne a estas reflexiones. Siempre me gusta recalcar que gran parte de la experiencia de acción social que he desarrollado se asienta firmemente en los cimientos de esta tradición. No empezamos de cero ni de muy poco, sino que nos apoyamos en pilares bien fundados. Y ello ha sido determinante.

Eso sí, la rigurosidad científica con la que esta producción ha sido realizada ha implicado que se emplee un lenguaje técnico y un formato académico de presentación de los resultados. Ciertamente, tal tecnicidad puede incidir en el aprovechamiento de tales investigaciones por parte tanto de académicos no familiarizados con el quehacer del trabajo lingüístico, como también, muy en particular, de los miembros de las comunidades a cuyas lenguas y culturas se refieren dichas publicaciones. Eso ocurre en todas las ciencias y, por ello mismo, se

ha desarrollado la divulgación científica con el propósito de tornar accesible aquello que ha sido escrito por especialistas para especialistas.

Sin embargo, la divulgación no siempre resulta suficiente y es por eso que la acción social no se puede limitar a ella. Realizar acción social conlleva echar a andar procesos con el norte puesto en desarrollar un trabajo que contemple la visión de mundo, las circunstancias, los intereses y los problemas de las comunidades, con el fin de llegar a resultados cuyo destinatario sea de modo directo e inmediato la gente de la comunidad y no nuestro gremio o, más abstractamente, la disciplina. En esta línea, no cabe duda de que constituye todo un reto bajarle la intensidad a lo propiamente disciplinario (como la terminología especializada y las explicaciones exhaustivas), sin que por ello se caiga en la trivialización de la complejidad de las lenguas y las culturas.

Quizás no parecería necesario plantearse cuál es el papel de la lingüística en proyectos de acción social: el ámbito de su aporte resulta potencialmente infinito y raro es más bien no asumirlo como algo consustancial a nuestro quehacer. A fin de cuentas, el lenguaje es transversal a todo lo humano y constituye un bien intrínsecamente social. Yo llegué a la acción social precisamente por una solicitud explícita de miembros de los pueblos malecu y bribri para colaborarles, como lingüista, en alguna iniciativa que sirviera para enfrentar la pérdida de sus idiomas. Poco tiempo después se sumó una solicitud de jóvenes brorán y más tarde otra de docentes bruncas.

En el camino, fuimos aprendiendo qué podíamos hacer, probando y desechando ideas (desde talleres de marionetas, de narración oral y de movimiento corporal con vestuario para representar historias tradicionales, hasta aplicaciones para celular, por ejemplo). Y así fue como poco a poco han tomado mayor fuerza los procesos de documentación de las lenguas y las culturas para crear materiales de resguardo del conocimiento cultural y de referencia, así como recursos educativos en formatos pensados para diversas edades, con un lenguaje accesible y con estrategias explicativas “amigables”: aplicaciones móviles, juegos, enciclopedias y diccionarios temáticos ilustrados, canciones, diccionarios bilingües en línea...

El balance entre la divulgación-didactización y la exactitud-cientificidad no se alcanza de la noche a la mañana; es más, ni siquiera parece tan adecuado pensar que es algo que se alcanza, cuando en realidad se trata de un proceso en constante cambio, en interminable negociación y adaptación, de construcción de soluciones de compromiso, de acuerdo con los objetivos concretos y las comunidades con las que desarrollamos las iniciativas.

Y hablo de comunidades porque esa es mi experiencia. Trabajo desde hace años con pueblos que, por un proceso de generalización, llamamos “comunidades indígenas”. Es más, ni siquiera -para ser precisos- debería hablar de comunidades. Uno trabaja con miembros de las comunidades, con personas que se identifican como parte de un grupo con una especificidad histórica, cultural y lingüística que las distingue de otras dentro de Costa Rica. Muy en particular, mi mayor experiencia se circunscribe, como queda dicho, a iniciativas con personas de los pueblos malecu, brorán (térraba) y bribri.

Que nosotros las llamemos y que ellas mismas se consideren “indígenas” es el resultado de un proceso muy complejo que no viene al caso tratar con detalle aquí. Lo que me interesa es destacar la especificidad: cada uno de estos grupos tiene su propia historia (más o menos conocida, más o menos documentada), su propia lengua (en un nivel de mayor o menor desplazamiento) y su propia cultura material e inmaterial (presente cotidianamente en mayor o menor medida, según cada poblado e, incluso, cada familia).

Comparten, ciertamente, una historia de inserción a un Estado nación que surgió como resultado de un largo proceso de conquista y colonización por parte de un grupo con otra cultura, otra lengua y otra historia; un proceso de adaptación en marcha a un nuevo contexto -al que entraron con desventaja- y a unas nuevas condiciones de vida (la economía mercantil-monetaria es quizás la más sobresaliente de estas), así como una preocupación creciente por asegurar su continuidad etno-cultural, su diferenciación, su vínculo con los ancestros y lo que consideran “propio”. Posiblemente, comparten mucho más, pero también eso que comparten se ha configurado de modo distinto en cada caso.

Entender esa especificidad es crucial, por compleja que parezca. Hablar de “comunidades indígenas” no es más que un atajo cognitivo, algo que hacemos para aludir a lo compartido, pero este atajo puede tendernos una trampa: fácilmente llegamos a creer que todas las comunidades que denominamos indígenas (u originarias o aborígenes...) son iguales o casi iguales. Les imponemos estereotipos, expectativas, generalizaciones y un deber ser. Mucho de esto lo terminan asumiendo también ellas. Y lo que ocurre en un nivel de grupo aplica para el individuo: a una persona que se identifique o que identifiquemos como miembro de una comunidad indígena le atribuimos estereotipos, expectativas y un deber ser.

Y exactamente lo mismo sucede a la inversa: ellas nos asignan estereotipos a los del grupo de referencia (usemos la etiqueta de “hispanocostarricenses”) y crean ciertas expectativas con respecto a nosotros: qué pensamos, qué queremos, cómo nos

comportamos. En mi experiencia, nada obstaculiza más un acercamiento genuino a las personas que esto y, sin embargo, día tras día me descubro cayendo en el mismo error, muy a pesar del ejercicio constante de toma de conciencia, del mismo modo como descubro a amigas y amigos de esas comunidades asumiendo que tengo determinados deseos, pensamientos, intenciones y conductas.

Reconocerlo es el primer paso, el más sencillo, si se quiere. Aprender a lidiar con esta complejidad es la tarea siempre pendiente, siempre emergente. No podemos esperar que aquello que funciona en una comunidad bribri funcione en una comunidad brorán, por ejemplo. Puede ser que sí. Y puede ser que no. Del mismo modo, el trabajo que realizamos con un adolescente malecu difiere del que se lleva a cabo con sus abuelos: el entorno en que han crecido es distinto, sus intereses son distintos, su construcción identitaria es distinta.

He mencionado hasta el momento un componente de la ecuación: las personas de las comunidades indígenas con quienes desarrollamos los proyectos de acción social. Falta el otro: la universidad, su visión, su trayectoria, su historia también. Confieso que no pierdo la oportunidad de comentar en foros con colegas de otros países acerca de esto que llamamos las áreas sustantivas de la Universidad de Costa Rica y de cómo situamos la acción social en paridad con la investigación (aquello que hace que el conocimiento se desarrolle y robustezca, pero que también internacionalmente les da renombre a las instituciones y a sus académicos) y la docencia (aquello que se espera de ellas: que formen profesionales).

Y resalto a continuación que cada estudiante de la Universidad de Costa Rica debe cumplir con 300 horas de trabajo comunal para poder graduarse, puesto que su formación contempla que el saber adquirido de la disciplina que estudió se ha de complementar con su participación en un proyecto de acción social. Y subrayo que el cuerpo docente de la institución recibe carga de su tiempo laboral para desarrollar tales iniciativas con o sin el estudiantado de un trabajo comunal, o bien con el acompañamiento de asistentes.

No omito indicar, no obstante, que esta igualdad entre las áreas sustantivas constituye más un deseo que una realidad. No existe en el presupuesto. No existe en la valoración del trabajo que realiza el personal docente (por ejemplo, en Régimen Académico). No existe en los planes de estudio (en las distintas carreras suele ubicarse el trabajo comunal en ciclos llenos de cursos, lo que lleva a que en más de una ocasión el establecimiento forzado de prioridades lleve al estudiantado a relegar su dedicación a este campo el tiempo que le sobra después de cumplir con el resto de sus ocupaciones). Y no existe internacionalmente: las clasificaciones no la incluyen

en sus parámetros de ponderación del lugar de las universidades en el mundo ni aparece como rubro para calificar el aporte del cuerpo académico.

Y, sin embargo, estoy convencido de que la acción social representa el sello distintivo de nuestra institución. Es la muestra de que entendemos la educación como algo más que titulación de profesionales y que entendemos la universidad como algo más que puntajes por publicaciones indexadas. Por ello mismo, cobra particular preponderancia la articulación de la acción social con la docencia y la investigación, no solo como un desiderátum, sino como un acierto que quien se desempeña en las tres áreas aprende a apreciar como aquello en lo que todo adquiere sentido.

O al menos así lo veo yo, porque así lo he vivido: mi práctica docente se enriquece sobremanera con la acción social y la investigación que he podido desarrollar como parte de la carga laboral que la Universidad me asigna; mi práctica en acción social se alimenta constantemente de la docencia y de la investigación; mi práctica investigativa está cruzada por mi experiencia docente y en acción social. Para mí, no existe una separación que no peque de artificial entre estas tres áreas. Por el contrario, interactúan, se mezclan, se nutren, se explican y se dinamizan unas a otras.

En todo proyecto de acción social en el que he participado, he investigado al mismo tiempo... y he aprendido y espero haber enseñado algo. Es verdad que, en lo concerniente a la investigación dentro del marco de la acción social, el objetivo no ha sido producir un documento académico tal y como tradicionalmente lo concebimos. Por ello, la autoría es compartida por las personas portadoras de conocimiento, hablantes y en general miembros de las comunidades con quienes se desarrolla el proceso junto con el estudiantado, el grupo de asistentes, mi persona y colegas docentes que nos apoyan; no solicitamos puntaje en Régimen Académico; no se publica en una revista con pares evaluadores.

Empero, aquello que resulta de la iniciativa de acción social constituye igualmente un producto académico en tanto se caracteriza por un proceso investigativo riguroso que se desarrolla en equipo, en el que cada parte aporta desde su experiencia y su campo de conocimiento, en el que se negocia el formato y el contenido y se co-construye un resultado del que surge una experiencia de aprendizaje. De ahí que la división tajante entre investigación y acción social no siempre responda a mi vivencia. Que la valoración gremial e incluso institucional sea distinta es otro asunto.

Ciertamente, tampoco todo es paridad entre las personas involucradas. En este proceso dinámico y complejo de colaboración entran en juego relaciones de poder, negociaciones, incomprendiones, ideologías y posturas aprendidas de larga data o de acuñación reciente. Reconocerlas y aprender a lidiar con ellas forma parte insoslayable de nuestro trabajo. No me resulta siempre fácil despojarme del traje del experto que sabe examinar y entender -se supone- los más enmarañados misterios de la lengua para vestirme con el del colaborador que dialoga con hablantes y miembros de las comunidades para co-desarrollar con estos individuos iniciativas que respondan a sus intereses y preocupaciones.

Tampoco me resulta siempre fácil, en el trabajo con la gente de las comunidades, deshacerme de la máscara del académico, del profesor universitario. Las relaciones de poder, sutiles unas veces y apabullantes otras, emergen cada tanto. Y ese poder proviene de un cargo (el profesor de la Universidad de Costa Rica), de una materia de especialidad (el lingüista), de la etnicidad (el “blanco”), del lugar de crianza y residencia (el de la ciudad). No solo constituye un acto de necesaria sinceridad hacia nosotros y hacia las personas con quienes trabajamos reconocer que eso está ahí, implicado al menos, aflorando y actuando en nuestro quehacer; es, asimismo, una toma de conciencia fundamental para entender las dinámicas tan complejas que se producen.

Yo no tengo ni respuestas ni soluciones a estas relaciones de poder. Las reconozco. Me plantan cara cuando menos me lo espero. Trato de manejarlas y minimizar su impacto en los procesos y los resultados. Pero están ahí y siguen ahí: más de una persona portadora de conocimiento me sigue llamando “profesor” o “don Carlos” (muy a mi pesar), y en una ocasión me dolió en el alma que mi amiga y principal colaboradora en varios de los proyectos se haya presentado a sí misma como “mi informante”. Luego entendí que para ella ese término no necesariamente implica una relación de subordinación, aunque el paradigma actual de trabajo con hablantes nos machaque lo contrario.

Discursivamente, suena más que loable hablar de trabajo entre pares, interdisciplinario, de base comunitaria, emancipador, decolonizador si se quiere... Siempre habrá un vocablo en boga y una propuesta para “deconstruir” las formas de pensar y de proceder que consideramos superadas, pero trabajar con los pies en la tierra, en el campo, con la gente, le enseña a uno que no existe terminología neutra cuando de seres humanos se trata y que obsesionarnos por el término “adecuado” en nuestro momento histórico puede llevarnos al ingenuo alivio de creer que el problema se resuelve con tan solo cambiar las palabras que nos parecen inadecuadas.

No niego que muchos intentan ir más allá del discurso, pero qué fácil resulta en nuestro medio académico quedarse en el discurso y criticar con cierto aire de superioridad a quienes desarrollan procesos con comunidades concretas, con los medios disponibles (las uñas, las más de las veces), cometiendo errores sí, pero a la vez tratando de aprender de ellos y rectificando, y sobre todo procurando tomar conciencia de que es verdad aquello de que del dicho al hecho hay un gran trecho y de que nuestras posturas epistemológicas chocarán inevitablemente con realidades complejas, tradiciones e ideas muy arraigadas.

Para mí lo más relevante es reconocer que las relaciones de poder nos anteceden y nos trascienden. Lo mejor que podemos hacer es examinar su existencia para aprender a evidenciarlas e intentar manejarlas. Y continuar con el trabajo lo mejor que podamos. Ello no nos exime de reflexionar constantemente y, en especial, de plantearnos cada tanto con total honestidad qué entendemos por acción social, por trabajo con comunidades.

Dicho lo anterior, intentaré profundizar ahora en cómo se puede concebir la acción social dentro del marco general de lo que he expuesto. Mi experiencia no es de una acción social que se conceptualiza como transferencia de conocimientos y competencias, que una vez que han sido adquiridos por la gente de la comunidad tornan innecesaria la continuidad del proyecto. Así me lo plantearon explícitamente una vez: un proyecto de acción social de más tres años es un proyecto fallido, puesto que no se le transfirió a la comunidad lo que necesitaba, no se le proporcionaron las herramientas para que fuera autónoma en la gestión del proceso. Sin negar que existan proyectos con ese objetivo y que funcionen maravillosamente, esa no es la acción social que yo practico.

Más bien, con el tiempo he aprendido que se puede desarrollar una relación simbiótica entre la universidad y la comunidad, cimentada en la confianza mutua y en metas comunes, alimentada por el diálogo de saberes. Y esa relación puede durar mucho tiempo, prolongarse, renovarse. En mi experiencia eso es lo que se espera de los proyectos que yo coordino: romper con la temporalidad limitada y las metas inmediatas a las que muchas veces nos hemos acostumbrado en los proyectos de acción social.

Y se espera, asimismo, sustituir esta lógica administrativa por la del trabajo a largo plazo con metas globales (por ejemplo, documentar en la lengua de cada comunidad lo que se considera su cultura tradicional) y resultados anuales (enciclopedias etnográficas y diccionarios temáticos acerca de parcelas muy concretas de ese conocimiento cultural y aplicaciones móviles en las que se pueda aprender algo

de los idiomas), en equipos universidad-comunidad, con algunos de sus miembros sucediéndose -particularmente en el caso del grupo de estudiantes y asistentes- y con otros que aseguran la continuidad de la visión.

Un proyecto así puede durar décadas y no es fallido por ello. Por el contrario, a mi modo de ver se trata de un proyecto que ha logrado consolidar una relación basada en que cada parte y cada miembro aporta y colabora desde lo que sabe hacer mejor. La universidad, así, no se concibe como una institución que llega, “ayuda”, “transfiere” y se va, sino como una que se queda y acompaña, y que aprende a la vez que comparte lo que sabe.

Tampoco creo en la acción social asistencialista. Por más que reconozcamos las relaciones de poder, la desigualdad, la inequidad y los serios problemas que aquejan a las comunidades y a las personas con quienes trabajamos, no debemos caer en la trampa de la cultura del pobrecito. Ello es irrespetuoso y paternalista. Tomar conciencia y tratar de colaborar para resolver un problema o darle respuesta a una necesidad, con todo el aporte basado en nuestra área de conocimiento técnico-científico, con empatía y solidaridad, es muy distinto a asumir tales actitudes.

Así, por ejemplo, aunque se entiende la motivación de la etiqueta, la sola consideración de que una comunidad es “vulnerable” me parece que a veces interfiere en el acercamiento y el trabajo que realizamos con ella. El peligro reside en que la vulnerabilidad se conceptualiza no como una circunstancia, sino como una condición intrínseca: según esta lógica, son vulnerables las comunidades indígenas por el solo hecho de ser indígenas. No creo que esta categorización contribuya a cambiar la realidad; por el contrario, se corre el riesgo de colocar a la universidad en una posición mesiánica frente al “desvalido”.

Y el mesianismo es algo con lo que no me identifico. Nunca he pretendido ser un “salvador” o un “defensor” de lenguas, de culturas ni de pueblos. No solo no llega a tanto mi ego, sino que nada se halla más alejado de la forma de concebir mi trabajo. En una nota periodística de hace años se me calificó precisamente de “defensor de la diversidad lingüística nacional”, pero ello fue una licencia del redactor y no un calificativo que yo me atribuyera. De hecho, la sola noción de “rescatar una lengua” o “salvar una tradición oral” resulta ajena a mi modo de conceptualizar lo que hago.

Yo simplemente procuro colaborar con gentes de algunas comunidades indígenas de Costa Rica en procesos de documentación de sus lenguas y sus culturas y en procesos de creación de recursos para su enseñanza, su visibilización y su revalorización. Claro que espero que esa documentación y esos recursos sean

provechosos para el resguardo de su conocimiento tradicional, en sus diversas luchas de reivindicación y en sus iniciativas de revitalización lingüística, pero tengo muy claras cuáles son las limitaciones de tales productos y, sobre todo, sé bien que con mi trabajo no estoy “defendiendo” a nadie ni estoy “rescatando” nada.

Recuerdo que una vez una estudiante se quejó de que en los proyectos no estábamos combatiendo las verdaderas causas de la pérdida de las lenguas. Y tenía razón. Ni un diccionario ilustrado ni una aplicación ni una enciclopedia temática van a frenar o revertir el proceso, al igual que tampoco lo harán una gramática descriptiva o pedagógica ni un libro de recopilación de historias ni la creación de una ortografía para el idioma. El fenómeno del desplazamiento lingüístico, como lo llamamos técnicamente, es complejísimo: está vinculado a factores macroestructurales.

Y, aun así, tales recursos tienen un valor y cumplen una función, por ejemplo, como apoyo en procesos educativos y en la revalorización de lo “propio”, como contrapeso al menos a la larga historia de exclusión e invisibilización. Frente a la lógica resultadista y utilitaria con la que se pretende que asumamos todo en la vida, en la actualidad, la sola ejecución de proyectos como los que he mencionado nos enseña, como diría Franz Hinkelammert, que “el sentido está en la acción y no en el cálculo del éxito”<sup>1</sup>.

Así como la perspectiva del “vulnerable” no me parece que contribuya en mucho, tampoco creo que la admiración basada en estereotipos, en expectativas y en el deber ser que mencioné antes sea el camino más apropiado. Esta nos lleva fácilmente a obcecarnos por hallar una filosofía trascendental, una espiritualidad ubicua, una superioridad moral, un simbolismo en todas las acciones cotidianas y un comportamiento conservacionista innato en todas las prácticas culturales de las comunidades indígenas. Con esto las encasillamos, las homogenizamos y las hacemos ser lo que estamos convencidos de que deben ser. Y muchas veces las comunidades y los miembros de estas asumen este imaginario... para complacer, para encajar, para responder a un ideal, para adaptarse a una visión externa sobre su identidad.

¿Entonces cuál sería la mejor aproximación? Como no creo en las recetas, de nuevo solo puedo hablar desde mi experiencia: conocer a las personas, interesarse por sus vidas. Yo sí creo que muchos aspectos de sus lenguas y de sus culturas resultan

---

<sup>1</sup> Esta profunda reflexión la desarrolla hermosa y magistralmente Hinkelammert en Fernández Nadal, Estela y Gustavo David Silnik. 2012. Teología profana y pensamiento crítico. Conversaciones con Franz Hinkelammert. Buenos Aires: CLACSO, p. 91.

fascinantes, pero no porque sean mejores o peores que otras lenguas y culturas, sino porque son diferentes, porque muestran las posibilidades de la diversidad lingüístico-cultural, porque nos evidencian la riqueza de las distintas formas en las que los grupos humanos han desarrollado un particular modo de ser, de hablar, de comportarse y de apropiarse del mundo. Eso somos las sociedades humanas: un abanico de potencialidades. La riqueza, entonces, yace en esa diversidad, en esa diferencia. El diálogo de culturas solo es posible si dejamos de lado las actitudes de superioridad tanto como las poses de admiración y el afán salvador. Supongo que lo mismo aplica para el diálogo entre individuos.

Aprender a entender los pueblos indígenas como sociedades humanas, con sus soluciones sui géneris a los problemas de la vida y sus visiones de mundo, sus formas originales de adaptarse al cambio constante, así como su preocupación por mantener su continuidad histórica y su especificidad cultural, al lado de reconocer sus contradicciones, su heterogeneidad de agendas y sus rivalidades internas... todo ello y más constituye la tarea que en realidad importa si hemos de trabajar con ellos. En este intento interminable cosechamos muy buenas amistades y nos granjeamos -más de una vez gratuitamente- enemistades... como siempre en la vida, supongo.

Nos gusta también decir que la acción social se cimenta en una perspectiva multi e interdisciplinaria. Y estoy de acuerdo. Creo que la sola confluencia de saberes provenientes de las comunidades y de la universidad asegura esta conceptualización y esta manera de querer emprender las iniciativas, pero asimismo la participación de docentes y estudiantes de distintas disciplinas y de miembros de las comunidades con diversos conocimientos, experiencias de vida y deseos contribuye a que este ideal se convierta en una realidad.

Retomo aquí algo que ya mencioné: hemos de aprender que en las comunidades no a todos les interesa lo mismo, ni todos saben lo mismo ni quieren lo mismo. El conocimiento tradicional de las personas mayores es invaluable, pero las circunstancias de vida de las personas jóvenes y de la niñez no pueden obviarse: han crecido y se desenvuelven en un mundo muchas veces bastante distinto al de sus ancestros. Ya solo esta diferencia implica que las estrategias y las iniciativas deben procurar tener esto siempre presente para saber responder de forma adecuada.

En cuanto a la multi y la interdisciplinaria en la conformación del equipo de la universidad que participa en los proyectos de acción social, también cabría destacar el diálogo indispensable entre los saberes. Yo soy lingüista y como tal entiendo mi aporte. E intento también que haya una visión desde la didáctica de lenguas, para lo cual consulto con especialistas cuando siento un vacío en mi formación y en mi experiencia. En esta misma tónica, el aporte de cada estudiante

desde su disciplina me ha enseñado a comprender que su participación no consiste simplemente en ejecutar ideas, sino en enriquecerlas, mejorarlas, enrumbarlas y proponerlas.

Por ejemplo, entré en los proyectos con la noción de que el diseño gráfico ayuda a “decorar” y a “hacer visualmente agradable” un determinado recurso en su etapa final de elaboración, pero pronto aprendí que el diseño gráfico forma parte consustancial del diseño del recurso desde el primer momento. Y habría que decir lo mismo de todas las disciplinas del estudiantado con quien he trabajado: música, informática, artes dramáticas, biología, ingeniería agrícola, filología, producción audiovisual...

Creo que queda claro que no he pretendido mostrar una visión idealizada de la acción social. Me propuse esbozar algunas ideas, citar algunos aprendizajes. Insisto en que se trata de una visión personal, basada en mi experiencia y en la reflexión que he procurado desarrollar en torno a esta a lo largo de los años. Participar en proyectos de acción social ha contribuido a mi forma de entender el quehacer académico de la universidad y he aprendido de estos procesos de un modo que quizás no alcanzo a dimensionar bien aún. Y me alegra haber tenido esta oportunidad.

Al mismo tiempo, he constatado que en la acción social con comunidades está implicado un trabajo sumamente desgastante, exigente de tiempo y energía, del que es muy difícil desconectarse. Precisamente por ello, aun cuando constituye un espacio de crecimiento personal y profesional que brinda una perspectiva distinta a la experiencia de escritorio y de laboratorio, no puede ocultarse que demanda una entrega y una flexibilidad con las cuales no todas las personas pueden lidiar. Y no digo con ello que sea mejor o peor; simplemente afirmo que es distinta, complementaria si se quiere. Y entiendo perfectamente por qué para muchas personas académicas la acción social se convierte en un espacio de realización y por qué a otras podría resultarles intimidante o incluso poco atractiva.

Lo importante, en todo caso, es que aprendamos a reconocer -ya no solo en el papel, ya no solo cuando nos veamos obligados a visibilizar nuestro aporte a la sociedad costarricense- que la acción social de verdad constituye un área sustantiva del quehacer académico universitario y que, por eso mismo, no solo el estudiantado debe tenerla contemplada dentro de su formación curricular para graduarse. Muy bien nos vendrá que también se valore con total contundencia como parte del trabajo consustancial del cuerpo académico, que no se acaba en las aulas ni en los centros de investigación, así como del trabajo del personal administrativo de apoyo, que no se queda en las oficinas.



**Acción social, lingüística y comunidades indígenas**

*Carlos Sánchez Avendaño*